

GOLEM

- Eres... - el chico no pudo terminar la frase.
- ...de piedra - terminó por decir el otro – Sí, soy de piedra. De eso estamos hechos los Golem.
- Es increíble - respondió el niño - ¿Cómo puedes vivir?. Quiero decir, ¿respiras?, ¿qué comes?, ¿eres bueno o malo?, ¿me matarás?

Una vez pasada la sorpresa inicial el chaval había recuperado la curiosidad. La figura de piedra, que casi alcanzaba los tres metros, se vio superada por aquel alud de interrogantes. Lo único que se le ocurrió fue taponarle la boca.

- Mmmm... - Intentaba decir el chaval. El golem se dio cuenta de que al final debía contar su historia de modo que conminó al chico a callarse y empezó a hablar de modo mecánico, como recordando una lección repetida una y otra vez.
- Tiene que ver con un mago - dijo, aunque los sonidos casi parecían un par de rocas rozando una contra otra - A todos los golem nos crea un mago. El mío vivía en una aldea del norte, a no más de dos días de camino. Era uno de esos magos del segundo círculo. Apenas había pasado su prueba. Ya había creado alguno, pero eran de madera y no duraban nada. Él quería alguien que sirviese de guardián permanente. Pasó dos años buscando la piedra adecuada y me talló durante cuatro meses. Me dio forma humana y finalmente me infundió la vida con un extraño hechizo. No recuerdo muy bien cómo pasé allí el tiempo. Sólo me mantenía en la puerta de la casa, quieto incluso durante días, hasta que sucedía algo. A veces venía alguien a hablar con mi amo y yo le dejaba o no le dejaba entrar, según me ordenaba. Una vez ahuyenté cuatro ladrones, otra maté un lobo que intentaba comerse las gallinas. Pasé veinte tranquilos años sin que pasase nada bueno ni nada malo. Vi llegar a mi amo a su madurez y llegó a hacer cosas sorprendentes. Él siempre se enorgulleció de haberme creado. A veces me llamaba y me hablaba.

Un día te daré un alma - decía - y será un alma hermosa. Después, quién sabe, quizá convierta tu cuerpo en huesos y carne y te convierta en un hombre.

- Lo último que hizo fue fabricar esta bola de cristal y meter dentro un alma para mí. - Sacó de su mochila una esfera de cristal donde se podía ver una nube de polvo blanco que flotaba. - Luego llegó la guerra. Mi señor ofreció sus servicios al rey. A veces se ausentaba semanas y llovía sobre mí, luego el sol o el viento me secaban. Volvió un día bastante satisfecho. Llevaba algo pesado en su mochila y me indicó que no dejase pasar a nadie.

Días después, un mago vestido con una túnica negra me hechizó murmurando apenas unas palabras. No me podía mover y entró en casa de mi amo. Salió poco rato después con la mochila de mi señor. Cuatro días después recuperé el movimiento. Mi amo estaba quemado, al igual que la mayor parte de su casa. He cogido todos sus pergaminos. Tengo la intención de encontrar a aquel hechicero y, si puedo, conseguir que alguien me ponga esto dentro. - Señaló a la piedra de cristal que brillaba a la luz del atardecer.

- Es muy interesante – dijo el chaval - ¿Y no necesitas comer?

- No

- ¿Ni dormir? - Preguntó el mocoso obstinado

- No - Volvió a contestar el bloque de piedra

- ¿Y porqué quieres un alma?

- Debe ser hermoso tenerla, además, con la muerte de mi amo; ¿qué mas puedo hacer que no sea cumplir sus deseos?

- Estupendo - dijo el chico. - Ahora tengo sueño. ¿Puedes cuidar de mi mientras duermo? - Y antes de que el golem pudiese reaccionar o decir nada ya se había dormido. La mole de piedra se quedó quieta, muy quieta y vigilante, cuidando del chaval.

Se despertó ya entrado el día. Tenía el pelo muy desordenado, la piel morena y los brazos delgados. El detalle curioso los constituían tres pecas en el pómulos izquierdo, muy juntas, que formaban un perfecto triángulo. La cara tenía rasgos finos, pero estaba muy sucia. Al despertarse, bajó al arroyo a lavarse la cara y beber agua. Después comió algunas frutas que guardaba.

- Y ahora - preguntó - ¿Qué vamos a hacer?

- Pensaba - contestó la estatua señalando la aldea - que volverías a tu pueblo.

- No, no - replicó él - Me he escapado de casa. Voy a vivir aventuras y ser un gran héroe.

- No creo que sea aconsejable. Mi amo era un poderoso mago y terminó asesinado.

- Mira quién habla, tú que has tenido una vida tan aventurera y ni siquiera tienes alma.

El golem no tuvo tiempo de replicar. Unas voces se oían demasiado cerca. No se distinguía lo que decían, pero se acercaban y se las notaba excitadas.

- No dejes que me cojan - dijo el chaval en algo mas que un susurro

La mole de piedra no dijo nada, pero cogió al chico y lo encaramó a un árbol, indicándole que subiese y se escondiese entre las ramas más altas. Después se sentó detrás de unos setos

especialmente altos que le tapaban completamente. Permaneció quieto, atento a cualquier sonido, vigilando y escondido. Las voces se fueron acercando.

- Nos hemos precipitado - dijo uno - No debimos hacerlo

- ¿Crees que nos habría dado el dinero porque sí? - replicó el otro - Era la única forma de conseguirlo. Además, estando en guerra, se pensarán que ha desertado y nadie lo investigará.

Los dos hombres entraron en el claro, uno era alto y llevaba indumentaria de guerra. El otro tenía barba y era mucho más bajo, aunque llevaba un gran martillo. Evidentemente, eran mercenarios.

El niño, inquieto, se movió en el árbol. Los dos hombres no parecieron notarlo y siguieron hablando.

- Sigue sin parecerme bien - dijo el de la barba - el hecho de que nos debiese dinero no te permitía clavarle una daga en las costillas

- Si tan mal te parece - arguyó el otro - ¿porqué no me entregas? Hubo un prolongado silencio en el que midieron sus fuerzas con la mirada.

El viento sopló con fuerza agitando árboles y arbustos en el claro del bosque. Sonó un cuerno en el pueblo. Sin decir nada los mercenarios se dirigieron hacia allí. Pasaron uno o dos minutos, luego el golem salió de su escondite y ayudó al chico a bajar del árbol.

- ¿Quién pensabas que era? - preguntó

- Creía que eran mi padre y mi hermano. Pero se ve que no les importo. Están demasiado ocupados fabricando armas para el ejército – refunfuñó – y si conquistan la aldea, seguirán forjándolas para el otro ejército. No les importa la guerra, sólo quiere vender las espadas. Las hacen tan rápido que están desequilibradas. - Algo se metió en la mirada del crío, una tristeza o una nostalgia. - Mi padre antes era un artista, ahora sólo quiere dinero.

El golem quiso cambiar de tema.

- ¿ Y tú sabes forjar armas? - preguntó

- Claro, las he visto hacer toda mi vida. Mira - dijo sacando una daga - la forjé yo. Si uno de esos asesinos se hubiese acercado se la habría tirado al cuello. ¡Y le habría dado ! - exclamó orgulloso

La mole de piedra examinó la daga con excesivo cuidado, temeroso de romperla. Era fina y afilada. Sin duda estaba bien equilibrada.

- ¿Porqué no capturamos a esos hombres? - dijo súbitamente el chaval - será mi primera hazaña. Después capturar al general enemigo será muy fácil, sígueme.

El golem quiso decir algo, pero la impetuosidad del niño, que ya había desaparecido camino abajo, le había vuelto a pillar por sorpresa. Comenzó a seguirle, después de todo, no tenía otra cosa que hacer.

- ¿Qué estabas haciendo? - le preguntó el hombre alto - ¿estabas espionando? ¿no serás un asqueroso espía?

El chaval intentaba pensar. Cinco minutos antes estaba agazapado en una esquina, al lado de aquellos dos mercenarios. Habían tenido una discusión y con un poco de suerte se habrían matado el uno al otro. Pero había tropezado cayendo justo en medio de la calle. Una calle nada transitada en ese momento, donde no podría recibir ayuda.

-¿Porqué no contestas? - Preguntó de nuevo apuntándole con la cimitarra.

Se oyó un ruido seco y el hombre alto cayó al suelo. Viendo a la estatua acercarse, el mercenario que quedaba en pie escapó hacia el fondo del callejón, sacando el martillo de guerra. Se había olvidado completamente del chico y notó la afilada punta de una daga en su espalda.

- Deja lentamente el arma en el suelo. - dijo el chico

El mercenario se movió con rapidez, giró sobre sus talones y dio un fuerte codazo sin soltar el arma. Luego balanceó el martillo sobre el cuerpo inconsciente del chaval.

- No sé qué quieres - dijo al golem - pero si te importa el niño, mejor será que te vayas.

El gigante de roca permaneció unos segundos mirando al hombre. Luego giró sobre sí mismo y se fue.

Un rato después, recuperado del golpe, el hombre alto se frotaba la cabeza. El barbudo

examinaba su herida.

- Vaya golpe me dio. - dijo - sino llego a llevar casco me rompe la cabeza.
- Siempre has tenido suerte - comentó el otro - ¿qué podemos hacer con el chico? - dijo señalando una figura atada y amordazada.
- Podemos dejarlo aquí, el destacamento parte en dos días y no volveremos a este pueblo. No necesitamos más cadáveres.
- No estoy de acuerdo. Este chico puede reconocernos y seguro que sabe algo de lo nuestro. Esta noche haremos otro agujero.
- Si lo matamos nos perseguirá el monstruo vayamos donde vayamos
- ¿Será el hijo de un mago o un aprendiz?
- No quiero enemistarme con un mago. Podría matarnos con una simple mirada. - Ambos hombres se miraron circunspectos, compartiendo pensamientos atormentados.

Sonó un cuerno, la llamada a filas.

- Vamos - dijo el alto - Esta noche lo decidiremos.

Salieron rápidamente. Pasaron unos minutos silenciosos que se continuaron con un ruido de forcejeos. La figura se levantó con gran dificultad debido a las ataduras, cayó al suelo y se oyó un grito ahogado. Pasó aún más tiempo y se volvió a levantar, intentando acercarse a la mesa, volvió a caer. Realizó un nuevo intento consiguiendo apoyarse sobre la mesa y trabajosamente se arrastró sobre ella. Se acercó a su daga, que habían dejado allí, como pudo y como no podía empuñarla la clavó sobre la mesa de un modo bastante precario después de intentarlo varias veces.

Comenzó a frotar las cuerdas y un buen rato después consiguió aflojarlas en las muñecas, no sin antes cortarse varias veces. Poco después se había liberado. Terminó de desatarse y guardó la daga. Evaluó sus heridas. Se había golpeado la cabeza y todo le daba vueltas, además la muñeca derecha le sangraba, se la envolvió en un pedazo de tela como buenamente pudo.

Salió tambaleante de la casa para encontrarse con el sol del mediodía. Ser un héroe no era tan divertido como pensaba.

Gerd, el herrero, estaba terminando de forjar una espada. Cobraría por ella dos veces más que en tiempos de paz. La gente estaba asustada y un arma era necesaria, por si acaso. Los campesinos apenas las sabían manejar y Gerd no las terminaba de equilibrar, de modo que no eran

fáciles de usar. Seguramente no les servirían de nada, pero eso no le importaba. Quería el dinero, era lo único que le importaba ahora.

Años antes habría sido diferente, cuando su mujer Zul le dulcificaba el carácter, cobraba lo justo, trabajaba bien y guardaba tiempo para estar con su familia. Era feliz. Aquellos tiempos habían quedado atrás, ocultos con la peste y las guerras. Criar a sus dos hijos que requerían cariño y afecto siempre había sido tarea de Zul. Ahora Gerd les daba cama, comida y un buen futuro como herreros si lo querían y si no que se fuesen al infierno. Lo otro no se lo podía dar, se había quedado vacío. No entendía porqué cuanto más martilleaba el metal peor humor tenía y solo conseguía seguir martilleando. Galhad entró en la forja, tenía una extraña cara, lo que le alarmó.

- Papá - dijo el mayor de sus hijos - Hay algo que tienes que ver.

- ¿Que quieres? - Su hijo no le molestaba sino era absolutamente necesario - ¿Qué pasa?

- Tienes visita - Contestó - y creo que es mejor que hables con él o entrará hasta aquí de todos modos, o eso ha dicho.

Confuso, Gerd dejó la espada a cargo de su hijo.

- Termínala tú - le dijo saliendo de la forja. En el recibidor había una extraña estatua humanoide.

- Usted y yo tenemos que hablar sobre su otro hijo - dijo el Golem cogiéndole del brazo y obligándole a sentarse

- Los dos mercenarios entraron en la casa para descubrir que el chaval no se encontraba en ella.

- ¡Idiota! ¿Porqué no guardaste el cuchillo?

- ¿Cómo iba a pensar que el crío podría moverse? No le ataste como debías. No debía poder moverse.

Se quedaron mirándose el uno al otro. Los dos pensaron lo mismo.

- Tenemos que cambiar el cuerpo de sitio.

- Sí. No sabemos cuanto sabía el chico ni porqué nos seguía. Quizá supiese algo de Mork. O se lo imaginase.

- Por suerte mañana partimos. - dijo el alto - las muertes de los enemigos quizá puedan tranquilizar mi conciencia.

Salieron y se ocultaron lo mejor que pudieron aquella noche de luna llena, dirigiéndose a las afueras del pueblo. Una figura les seguía a cierta distancia. Pasado un rato tres figuras llegaron a la casa, la inspeccionaron y tomaron el mismo camino siguiendo las huellas.

Los dos hombres llegaron al pie de un árbol centenario y comenzaron a cavar con las palas que habían traído. Antes de llegar al cuerpo el hedor lo inundó todo. Su compañero de juergas, que se había negado a pagarles, llevaba tres días enterrado. Era una noche muy tranquila. Entre los arbustos se oyó un ruido. Ambos hombres se miraron pero no dijeron nada, comenzaron a salir de la tumba y el barbudo palpó el cuchillo que llevaba oculto en su cintura.

El sonido volvió a repetirse, el hombre se giró rápidamente y lanzó. El niño gritó y cayó al suelo. Se oyó un grito de guerra, en el claro apareció un hombre ya mayor, rondaría los cincuenta. Blandía una gran espada con las dos manos, parecía manejarla con destreza y tenía el rostro desencajado por la furia. El alto no supo reaccionar, pero el barbudo plantó los pies en el suelo y balanceó su martillo, avanzando un paso para aguantar la acometida de su oponente. Los golpes se sucedieron. Gerd, perdida la sorpresa, demostró ser un adversario poco complicado y se limitaba a parar los golpes de su contrincante. El barbudo percibió que había sido un guerrero, pero era viejo, así que decidió cansarle, girando a su alrededor. La lucha habría acabado rápidamente cuando el alto, repuesto de su sorpresa, hubiese entrado en la liza, pero un segundo hombre entró en el claro armado con una espada y un pequeño escudo. Ambos contendientes se observaron y comenzaron a lanzar golpes.

El barbudo amagó un golpe a la derecha que Gerd se dispuso a parar, entonces avanzó un paso y lanzó un rodillazo con la pierna izquierda que impactó en el herrero cortándole la respiración. Gerd perdió el resuello y atontado como estaba, no vio venir un golpe que le alcanzó la pierna derecha. Se oyó un ruido de huesos rotos y se desmoronó incapaz de sostenerse. El barbudo se dispuso a dar el golpe final.

En ese momento apareció una mole de piedra en el linde del claro, se había retrasado debido a su lentitud, se acercó al mercenario y le golpeó en la cara. Se oyó cómo se rompían los huesos y el cuerpo sin vida quedó inerte sobre el suelo. El otro se dio cuenta de su apurada situación y dio media vuelta. Quería coger al chico como rehén y escapar de allí, tendría que desertar, pero ya no le importaba nada.

- ¡ Asesino ! - dijo una voz detrás suyo. El mercenario vio al chico y antes de poder hacer nada sintió el frío del metal que le atravesaba la garganta.

- Yo... no quise... matarle. - Señaló la tumba y cayó muerto al suelo.

- ¿Ves? - dijo el chico dirigiéndose al golem - te dije que sabía lanzar la daga - acto seguido se desmoronó en medio de un charco de sangre que manaba de su costado.

Habían pasado varios días. El niño estaba todavía débil cuando despertó, su padre, con la pierna entablillada, se le acercó.

- Papá, - dijo el chico - ¿y el golem?

- Se fue - Contestó Gerd, que no se había separado del lecho en todo el tiempo - tenía cosas que hacer.

- Imagino que volverá dentro de un tiempo

- ¿Cuándo?

- Cuando tenga edad para ser un héroe, pero; ¿sabes papá? Hasta que llegue ese momento me gustaría ser herrero.